MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

9253

Querer y no querer

COMEDIA EN UN ACTO

HISPANIA

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8, MADRID

COPYRIGHT BY MANUEL LINARES RIVAS, 1924

ISHED IN SPAIN

QUERER Y NO QUERER

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/querernoquererc30316lina

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

QUERER Y NO QUERER

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LARA

EL 29 DE ABRIL DE 1924

BIBLIOTECA HISPANIA

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8

MADRID

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
(Copyright by Manuel Linares Rivas, 1924.)

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.). — Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel	Concepción Catalá.
Remedios	Matilde Armísen.
La Florista	Pilar Alenza.
Enrique	Juan Benítez.
Rodríguez	José Isbert.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Derecha e izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

669647

Una salita bien puesta. — Es en octubre, al caer la tarde a media luz.

ESCENA PRIMERA

REMEDIOS.—*(Trajinando en arreglar la habitación.)* No sé qué me pasa hoy... ¡Tengo el alma en un puño y suspiro por nada!... *(Coge una silla, se queda absorta un momento y suspira.)* No es posible que esta silla despierte en mí ningún recuerdo, y sin embargo, suspiro. ¿Qué tendrás, Remedios, qué tendrás...? ¿Irá a ocurrirme algo...? Tengo el presentimiento de que sí; pero... ¿qué te ocurrirá, Remedios, qué te ocurrirá...? *(Deja la silla en su sitio, vase por la izquierda y vuelve con unos jarritos que coloca sobre la mesa. Se sienta, se levanta, vuelve a sentarse y suspira.)* Esto no es natural; a mí me pasa algo... *(Se oye el timbre y vase por foro, volviendo con Rodríguez.)*

ESCENA II

REMEDIOS y RODRÍGUEZ.

RODRÍGUEZ.—Ya lo sé.

REMEDIOS.—*(Queriendo detenerle.)* Le repito a usted que aquí no tiene despacho el señorito Enrique.

RODRÍGUEZ.—*(Insistiendo en pasar.)* Ya lo sé. No es más que poner una nota.

REMEDIOS.—No hay pluma ni papel.

RODRÍGUEZ.—Con lápiz.

REMEDIOS.—No hay lápiz tampoco. Déjeme usted el recado de palabra.

RODRÍGUEZ.—Imposible. Es una cosa muy delicada y de cierta complicación. Necesito decirla yo mismo.

REMEDIOS.—Como usted guste...

RODRÍGUEZ.—¿Vendrá en seguida...?

REMEDIOS.—No puedo decirle a usted...

RODRÍGUEZ.—Porque le esperaría un momento.

REMEDIOS.—Dispense usted, caballero; tengo orden de no recibir a nadie.

RODRÍGUEZ.—Somos muy amigos...

REMEDIOS.—Precisamente la orden es de no recibir a los amigos, que los demás no han de venir.

RODRÍGUEZ.—Alguna excepción habrá...

REMEDIOS.—Ninguna. Esta es la casa de sus hermanos, y el señorito Enrique tiene la suya.

RODRÍGUEZ.—Ya lo sé; de allí vengo.

REMEDIOS.—Y usted comprenderá que, no teniendo el gusto de conocerle, no voy a exponerme a dar entrada a un cualquiera y que...

RODRIGUEZ.—¿No lo dirá usted por mí...?

REMEDIOS.—No, señor, no lo digo por usted... pero se lo digo a usted para que se haga cargo de mi situación; que soy yo la responsable, y a veces la gente no es lo que parece...

RODRÍGUEZ.—¿Qué le parezco a usted?

REMEDIOS.—Por de pronto, un señor que no tiene mucha prisa.

RODRÍGUEZ.—Ya me marcho. Anúnciele usted que volveré... Deseo hablarle cinco minutos.

REMEDIOS.—¿Su gracia de usted?

RODRÍGUEZ.—*(Recordando el recibimiento poco afectuoso.)* Ninguna. *(Saca la cartera y de ella un puñado de tarjetas.)* El marqués de Cerdeña.

REMEDIOS.—*(Sobrecogida por la sonoridad del título.)* ¡Ah!...

RODRÍGUEZ.—*(Gozando del efecto causado.)* No es uno lo que parece.

REMEDIOS.—*(Deshaciéndose en amabilidades.)* Perdone usted que no le haya ofrecido asiento..

RODRÍGUEZ.—*(Indulgente y generoso.)* Es igual... *(Entrega una tarjeta.)*

REMEDIOS.—*(Espantada, leyendo.)* ¡El duque de Mediovel...!

RODRÍGUEZ.—*(Con naturalidad.)* ¿Le di a usted una tarjeta de duque...?

REMEDIOS.—Sí, señor...

RODRÍGUEZ.—Es igual. Las uso indistintamente.

REMEDIOS.—*(Queriendo borrar las crudezas anteriores.)* Hágame usted el favor de sentarse...

RODRÍGUEZ.—Volveré.

REMEDIOS.—Para descansar. El señorito me reñirá si no le recibo a usted cortésmente, y aunque no sea yo a quien busca, creo que por unos instantes no desdeñará usted mi conversación.

RODRÍGUEZ.—No, señora...

REMEDIOS.—Mi posición actual no es la que debiera ser, pero estoy muy acostumbrada a sociedad.

RODRÍGUEZ.—Se ve que es usted una persona distinguida...

REMEDIOS.—*(Deslumbrada y, por consecuencia, dispuesta a decir tonterías.)* ¿Se ve...?

RODRÍGUEZ.—Sí, señora. ¿Quizás sea usted pariente de Enrique...?

REMEDIOS.—Todavía, no. ¡Vamos, no, no...!

RODRÍGUEZ.—¿Hay algo entre ustedes...?

REMEDIOS.—Nada. Aunque a veces me mira, yo creo que no me ve siquiera; pero tenemos una gran intimidad... Nos hemos criado juntos; somos hermanos de leche...

RODRÍGUEZ.—*(Que no le importa la charla y está distraído.)* ¿De leche...? A mí me gusta mucho...

REMEDIOS.—*(Explicándoselo.)* ¡Que somos hermanos...!

RODRÍGUEZ.—Perfectamente. Sólo por estar cerca de usted, envidio a Enrique.

REMEDIOS.—¡Por Dios, señor duque...!

RODRÍGUEZ.—No me llame usted duque...

REMEDIOS.—¡Por Dios, señor marqués!...

RODRÍGUEZ.—No me llame usted marqués.

REMEDIOS.—¿Y entonces?

RODRÍGUEZ.—Juan.

REMEDIOS.—*(Encantada de tanta llaneza.)* Y yo, Remedios.

RODRÍGUEZ.—Muy bien. Pues amiga Remedios, si yo estuviera en el caso de Enrique, apreciaría bastante mejor la amistad de usted.

REMEDIOS.—¡Por Dios, señorito Juan...!

RODRÍGUEZ.—Sin esperanza ninguna, naturalmente, porque me parece usted una mujer muy formal, muy digna, muy discreta...

REMEDIOS.—*(Encalabrinada con tanto buen parecido.)* ¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Y en esas condiciones que tanto le honran a usted, sería inútil pensar en..., en lo que no ha pensado Enrique.

REMEDIOS.—Viniendo con buen fin...

RODRÍGUEZ.—Con buen fin, eso por de contado. Se lo diré a Enrique, porque debo guardarle esa deferencia; pero si él no se decide, ya hablaremos, ya hablaremos...

REMEDIOS.—He podido casarme hace poco...

RODRÍGUEZ.—¿Es usted viuda?

REMEDIOS.—No; soltera.

RODRÍGUEZ.—*(Que no atiende.)* ¿Hace mucho...?

REMEDIOS.—¡Señorito Juan...!

RODRÍGUEZ.—Estoy preocupado. Volveré...

REMEDIOS.—Ya estará prevenido por una servidora.

RODRÍGUEZ.—Gracias. Es usted una mujer muy simpática...

REMEDIOS.—¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Muy amable...

REMEDIOS.—¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Y muy inteligente. Ya hablaremos de eso, ya hablaremos... ¿Me da usted la mano...?

REMEDIOS.—*(Para no regatear.)* ¡Las dos!

RODRÍGUEZ.—Gracias. Hasta luego.

(Se va Rodríguez por el foro. Remedios le acompaña y vuelve.)

ESCENA III

REMEDIOS, sola.

REMEDIOS.—No lo creo, no. No lo creo... ¡Pero vamos, que si fuera duquesa de Mediovel y marquesa de ..., de aquello otro que me dijo...! No lo creo, no; pero vamos, que aun creyéndolo, no sería ningún desatino. *(Se sienta, se levanta, suspira.)* A mí me pasa algo, no cabe duda. ¿Será el duque lo que me pasa?... ¿Quién sabe...?

(Se sienta, se levanta, vuelve a sentarse y suspira. Se oye el timbre, sale por el foro y retorna con la Florista.)

ESCENA IV

REMEDIOS y la FLORISTA.

FLORISTA.—¿Es usted doña Remedios?

REMEDIOS.—Sí, hijita.

FLORISTA.—Pues para usted. *(Entregándole unas rosas envueltas por los tallos en un papel de seda.)*

REMEDIOS.—¿De parte de quién?

FLORISTA.—No ha dicho su nombre. De un caballero que las ha comprado ahora mismo.

REMEDIOS.—¡Qué discreto...! ¡Y qué lindas son, qué encantadoras y qué aroma tienen...! Se ve que es un hombre de gusto hasta en eso.

FLORISTA.—Buenas tardes.

REMEDIOS.—Espera. Toma esta peseta para ti... Si acaso vuelve mañana a comprarte más y te pregunta, di que te he dado dos.

FLORISTA.—Bueno...

REMEDIOS.—Para que vea el duque que las aprecio.

FLORISTA.—¡Es un duque!

REMEDIOS.—*(Molestada.)* ¡Pues qué iba a ser!

FLORISTA.—Abogado o comerciante, o cualquier cosa...

REMEDIOS.—No, hijita, no. Es un título... que tiene dos títulos.

FLORISTA.—Que sea enhorabuena. Quede usted con Dios, doña Remedios. *(Vase por el foro.)*

REMEDIOS.—Adiós. ¡Qué preciosidad de rosas...!

¡Y qué delicadeza...! Unas flores soberanas..., y cogerlas con un papel... ¡qué sencillez al mismo tiempo! No hay como la gente bien nacida para ciertos detalles... Las pondré en mi cuarto.

(Vase Remedios por izquierda, contemplando las flores con delicia y arrobamiento.)

ESCENA V

ENRIQUE y después REMEDIOS.

ENRIQUE.—*(Con un puñadito de llaves en un llavero, como si él mismo se hubiera abierto la puerta.)* ¡Remedios...! ¡Remedios...!

REMEDIOS.—*(Entrando por izquierda.)* ¿Señorito...?

ENRIQUE.—¿Está todo bien limpio y bien arreglado...?

REMEDIOS.—Me mortifica usted mucho con esas desconfianzas, señorito Enrique... ¡Como si yo no tuviera disposición para colocar cuatro trastos...!

ENRIQUE.—¿Ha venido alguien?

REMEDIOS.—El señor duque de Mediovel. Que volverá. ¿Le conoce usted mucho, señorito...?

ENRIQUE.—Algo...

REMEDIOS.—*(Queriendo averiguar.)* No es el casado con aquella señora de...

ENRIQUE.—No, éste es soltero.

REMEDIOS.—*(Suspirando.)* ¡Ay!...

ENRIQUE.—Muy buen muchacho.

REMEDIOS.—Y muy rico, ¿verdad?

ENRIQUE.—Riquísimo.

REMEDIOS.—¡Ay!...

ENRIQUE.—Millonario.

REMEDIOS.—¡¡Ay!!...

ENRIQUE.—*(Sorprendido.)* ¿Qué tienes?

REMEDIOS.—¿Qué tendré yo, señorito Enrique, para suspirar de este modo...?

ENRIQUE.—Ya lo estudiaremos otro día, que ahora no puedo ocuparme de tus enfermedades.

REMEDIOS.—No creo que sea enfermedad.

ENRIQUE.—Mejor. ¿Has traído los bizcochos y los pastelillos...?

REMEDIOS.—Sí, señor.

ENRIQUE.—¿Y las flores...? ¿No han traído unas flores...?

REMEDIOS.—*(Despreciativa.)* ¿Envueltas en un papel..., a lo pobre...? Por ahí las he dejado...

ENRIQUE.—Pues tráelas. Y que no estoy para nadie.

REMEDIOS.—¿Ni para el señor duque...?

ENRIQUE.—Que vaya a mi casa. Dale las señas. *(Se oye el timbre.)*

REMEDIOS.—Al señor duque debía usted recibirlo...

ENRIQUE.—*(Mirando el reloj que lleva en el bolsillo del pantalón.)* Si es él, que pase. Las cinco menos cuarto...

(Remedios vase muy rápida por foro y vuelve con Rodríguez.)

ESCENA VI

ENRIQUE, REMEDIOS y RODRÍGUEZ.

RODRÍGUEZ.—Hola, don Enrique...

ENRIQUE.—¿También usted...? Perdone usted un instante... *(A Remedios.)* Que pase el duque.

REMEDIOS.—Es el señor...

ENRIQUE.—¿Desde cuándo...?

RODRÍGUEZ.—Le diré a usted, querido don Enrique... No lo soy, cierto...

REMEDIOS.—*(Indignada.)* ¿Y la tarjeta...?

RODRÍGUEZ.—Como los porteros y los criados son tan bestias y tan groseros...

REMEDIOS.—¡Ay!...

RODRÍGUEZ.—Si les digo mi nombre, Juan Rodríguez, no me hacen caso, y pasándoles una tarjeta rimbombante puedo hablar con quien deseo. No tiene importancia, ya lo ve usted...

ENRIQUE.—No es correcto utilizar lo que no es suyo.

RODRÍGUEZ.—En eso se equivoca usted. Las tarjetas son mías, porque a mí me las mandan sus dueños.

ENRIQUE.—Está usted bien relacionado.

RODRÍGUEZ.—No es menester. El día primero de año envío por el interior mi tarjeta a casa de todos éstos, y me contestan, por el interior también, con otra tarjeta. Las voy coleccionando y utilizándolas así...

ENRIQUE.—Bueno, bueno. ¿Qué desea usted?

REMEDIOS.—¡Ya dije yo que no creía en lo de ser duquesa!... ¿Y pensar que otras lo son...? ¡Qué injusticia!...

(Mutis Remedios por izquierda.)

ESCENA VII

ENRIQUE y RODRÍGUEZ.

ENRIQUE.—¿Qué quiere usted? Acabe, que tengo prisa...

RODRÍGUEZ.—Vengo de su casa, y me dijeron que le encontraría a usted aquí. Después de lo bondadoso que es usted siempre conmigo, yo no podía marcharme sin despedirme ni ofrecerle mi inutilidad en el nuevo destino.

ENRIQUE.—¿Va usted repuesto?

RODRÍGUEZ.—No me repongo nunca ya. Voy a Santander con seis mil reales mezquinos... ¡Con seis mil reales!... ¡A ver qué lujos se puede uno dar, ni qué mujeres puede uno mantener con esa miseria...!

ENRIQUE.—Sin embargo, ahora tendrá usted seis mil reales más que los otros años.

RODRÍGUEZ.—Por eso no los renuncio. ¡Mire usted que verse el hijo de mi padre así...! ¡Y saber que uno es primo tercero de un marqués, de los de veras, ¿eh?..., y sobrino de un millonario...! Le digo

a usted que el mundo es una porquería, hombre, y la familia otra porquería...

ENRIQUE.—Lo esencial es que usted se vaya.

RODRÍGUEZ.—¿Eh...?

ENRIQUE.—Colocado.

RODRÍGUEZ.—¡Hasta eso es una mala perrada...! ¿Por qué he de viajar yo en tercera...?

ENRIQUE.—Hombre, porque no tiene usted dinero.

RODRÍGUEZ.—¿Y por qué no he de tener yo dinero...? ¿Es que me negué alguna vez a recibirlo...?

ENRIQUE.—Nadie lo ha dicho..

RODRÍGUEZ.—Comprenda usted que eso no es justo...

ENRIQUE.—Que lleve usted buen viaje y que herede a ese tío millonario.

RODRÍGUEZ.—¿De ese...? Ni un céntimo. Es un sinvergüenza completo. ¿No se enteró usted de la última que me hizo...? ¡Pues se ha casado! ¡Con más de cincuenta años, malos, y podrido de billetes del Banco, buenos, se ha casado! ¡Y es capaz de tener hijos...! ¡Un millonario que ya tenía sobrinos...!

ENRIQUE.—Lo siento.

RODRÍGUEZ.—¿Manda usted algo...? Me voy mañana en el mixto...! ¡Mire usted que ir yo en el mixto...! Y aun puede que no vaya...

ENRIQUE.—Dispénseme. Tengo prisa...

RODRÍGUEZ.—Para no molestar. ¿Quiere usted

prestarme cinco duros...? Palabra de honor que se los giro en cuanto llegue a Segovia.

ENRIQUE.—¿Pero no va usted a Santander?

RODRÍGUEZ.—Bueno, desde Santander. ¿Qué más le da a usted que los gire de un punto o de otro...?

ENRIQUE.—Yo no presto a nadie.

RODRÍGUEZ.—¡Que es la última vez, se lo juro!

ENRIQUE.—Ya van muchas últimas.

RODRÍGUEZ.—Y yo estoy muy agradecido. Para terminar: ¿Quiere usted que partamos la diferencia...? ¡Porque algo pensaría usted darme...!

ENRIQUE.—Tome cinco pesetas, y lárguese.

RODRÍGUEZ.—Con usted no puedo discutir. Vengan. ¡Ay, si hubiera muchos caballeros como usted...!

ENRIQUE.—Sería una buena renta para usted...

RODRÍGUEZ.—Pero no los hay... En fin, no molesto. Muchas gracias, y adiós.

ENRIQUE.—Adiós.

RODRÍGUEZ.—Don Enrique, hasta otro día.

ENRIQUE.—Hasta otro duro, Rodríguez.

(Vase Rodríguez por foro.)

ESCENA VIII

ENRIQUE, REMEDIOS por izquierda.

REMEDIOS.—¡Qué dolor de tarjeta, señorito...! *(Deja las flores, despreciativa.)*

ENRIQUE.—Que no estoy para nadie. ¿Te has enterado...?

REMEDIOS.—¿Y los bizcochitos...? ¿Quién se los va a comer...?

ENRIQUE.—Para nadie más.

REMEDIOS.—Usted me aseguró que era un amigo el que vendría...

ENRIQUE.—Pues no lo es.

REMEDIOS.—*(Suspirando.)* ¡Ay!...

ENRIQUE.—Me parece que está la habitación demasiado bien ordenada...!

REMEDIOS.—¿Y cómo va a estar, cuando los dueños se encuentran fuera de Madrid...? ¿Quién ha de mover una silla...?

ENRIQUE.—Yo, que vivo en la casa y estoy al frente de ella hasta que regrese mi hermana y su marido.

REMEDIOS.—El señorito es soltero y no viene aquí más que a dormir... cuando viene a dormir.

ENRIQUE.—He tenido que velar a un enfermo. Ya te lo dije.

REMEDIOS.—Es verdad que me lo dijo usted.

ENRIQUE.—¡Y entonces...!

REMEDIOS.—Pero no es verdad que me lo haya creído.

ENRIQUE.—¡Bueno, bueno! A mí me gustaría más que no tuviese tanto el aspecto solemne de aguardar visita, sino que resultara más, más... *(Cogiendo una silla y cambiándola de sitio.)*

REMEDIOS.—¡Deje eso quieto! ¿Cómo va a resul-

tar más, más...?; mas nada, que esté ya preparado el te...

ENRIQUE.—¿No puedo tomar te...?

REMEDIOS.—¿Y el ramito...?

ENRIQUE.—¿No puede ser una atención tuya...?

REMEDIOS.—¿Y se lo va a creer esa señora?

ENRIQUE.—Eso puede ser una atención de ella.

REMEDIOS.—Alguna más tendrá con usted...

ENRIQUE.—¡Remedios! *(Va al balcón, levanta los visillos, mira y vuelve.)*

REMEDIOS.—¡Es una vergüenza y un escándalo, señorito, que usted me obligue a ciertas cosas, y que el domicilio de unos señores decentes, como sus señores hermanos de usted, sirva para esta clase de visitas...!

ENRIQUE.—¡Remedios! ¡Remedios! Te equivocas; tú no conoces a esa señora.

REMEDIOS.—¿Y usted sí...?

ENRIQUE.—Yo, sí.

REMEDIOS.—Eso es peor para ella.

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios. Ni yo utilizo la casa de mis hermanos para nada incorrecto, ni esa señora es más que una señora.

REMEDIOS.—Bastante es para donde no hay más que un señor...

ENRIQUE.—¡Completamente equivocada, Remedios! Y para demostrarte que no se debe juzgar por las apariencias, y para que veas además la confianza que tengo en ti... *(Sacando el reloj.)* ¡Caramba, lo que tarda! ¿Si no vendrá...?

REMEDIOS.—*(Que ya se relamía con la historia.)* ¿Cuál es la confianza mía...?

ENRIQUE.—¿Dónde íbamos...?

REMEDIOS.—Pues íbamos en que no me había usted dicho nada todavía...

ENRIQUE.—Escucha. Yo no he querido más que a una mujer.

REMEDIOS.—*(Suspirando.)* ¡Ay!...

ENRIQUE.—No tuve más que una pasión verdadera.

REMEDIOS.—¡Como yo! Una sola pasión...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de aquella Isabel Socías...?

REMEDIOS.—¿Se acuerda usted de aquel Felipe...?

ENRIQUE.—¡Pues aquélla...!

REMEDIOS.—¡Pues aquél...!

ENRIQUE.—Estuvimos para casarnos...

REMEDIOS.—Y nosotros; pero Felipe...

ENRIQUE.—¿Cuentas tu historia, o escuchas la mía?...

REMEDIOS.—La del señorito, la del señorito; pero seguramente no será tan triste como la de esta servidora...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de Isabel...?

REMEDIOS.—¡Pues menudo susto nos dió el señorito al romperse la boda, que pensaba tanto en matarse...!

ENRIQUE.—Lo pensé demasiado..., y por eso vivo. Pero a través de mi existencia, un poco aza-

rosa, de olvidos momentáneos, he conservado su imagen...

REMEDIOS.—Eso es del tiempo de la nanita.

ENRIQUE.—Quince años.

REMEDIOS.—Lo menos.

ENRIQUE.—Justo. Eramos novios; yo la quería locamente...

REMEDIOS.—¡Locamente, sí..., como todo lo que hace el señorito! Por eso, cuando me dijeron que venía usted a vivir aquí, estando yo sola en casa, tuve un miedo tan grande..., pero gracias a Dios no hay motivo.

ENRIQUE.—Llevo unos días muy preocupado... Pues verás: Isabel y yo nos queríamos; pero no sé qué mala voluntad se atravesó en nuestro camino, qué chismes o qué embustes llegaron a su noticia...

REMEDIOS.—Que entonces ya velaba usted a los enfermos.

ENRIQUE.—*(Con verdadera unción caritativa.)* Son tan antiguas las enfermedades... Isabel tuvo siempre el genio muy vivo; se incomodó, no quiso oír mis disculpas, y en veinte días, mal aconsejada por su padre, que no me consideraba buen partido, se casó con otro.

REMEDIOS.—*(Con malicia.)* ¿Y después...?

ENRIQUE.—Después enviudó.

REMEDIOS.—Y después se la ha encontrado el señorito...

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios, te equivocas. No la he vuelto a ver jamás.

REMEDIOS.—Así le dura tanto el amor.

ENRIQUE.—Tal vez sea así como dura..., pero lo cierto es que no he encontrado ya ojos más serenos, mirada más dulce, cutis más terso, talle más airoso...

REMEDIOS.—Si aguarda usted todo eso, hace usted mal en aguardarla. Como no la hayan conservado en un frasco...

ENRIQUE.—No sé por qué... Tendrá ahora treinta y ocho años, y no es edad para haberse desfigurado. Ya ves cómo estoy yo...

REMEDIOS.—Ya veo cómo está usted, señorito. Usted es el que no lo ve...

ENRIQUE.—¿Te parezco una ruina...?

REMEDIOS.—¡Ay, no, señor...! Para quererle a usted hoy, está usted muy bien, don Enrique; pero muy bien...

ENRIQUE.—Gracias...

REMEDIOS.—Para haberle empezado a querer hace quince años, quizá le sobren a usted esos quince...

ENRIQUE.—¿Y el recuerdo? ¿Y la ilusión...?

REMEDIOS.—*(Suspirando.)* ¡Ay...! ¿Qué tendré yo, señorito, para suspirar de esta manera...? Porque esto no es natural...

ENRIQUE.—Ya lo averiguaremos. Ten paciencia. ¿No observaste el otro día que abrí una carta dirigida a mi hermana Asunción...? ¡Pues era de Isabel! Conocí la letra...

REMEDIOS.—¿Aun?

ENRIQUE.—Alguna vez nos escribimos.

REMEDIOS.—¡Ah...!

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios. Nos escribimos en las fechas solemnes, como amigos únicamente. Mi hermana me había dicho que Isabel levantaba su casa de Guadalajara, yéndose a vivir al lado de unos parientes, en Extremadura; me dió el corazón que aquella carta podría traer la noticia; la abrí, y en efecto, le decía a Asunción que hoy llegaba, que vendría a verla un momento... ¿Comprendes?

REMEDIOS.—No es muy difícil: usted lo sabe y aguarda; ella viene y...

ENRIQUE.—¡Tengo ansia de verla, de hablarla! Y una vez aquí los dos...

REMEDIOS.—Los tres, señorito. Si es tan decente, no consentirá que yo me vaya.

ENRIQUE.—Pero tú eres tan discreta, que no apareces, y así no hay lugar para impedir que te marches.

REMEDIOS.—Yo sé recibir muy bien a la gente.

ENRIQUE.—No lo dudo; pero ahora no se trata de que te luzcas tú.

REMEDIOS.—Y no voy a cometer ninguna inconveniencia, que estoy muy acostumbrada a sociedad. No es por despreciar esta casa; pero yo he estado dos años en una fonda. Calcule si recibiría.

ENRIQUE.—Sí, propinas. *(Mirando el reloj.)* ¿Las cinco y diez nada más?... Este reloj atrasa.

REMEDIOS.—Mi Felipe también tuvo uno que atrasaba.

ENRIQUE.—Ya lo habrá compuesto.

REMEDIOS.—Supongo. ¿Un coche?... *(Corren los dos al balcón.)*

ENRIQUE.—No es...

REMEDIOS.—Parecía que paraba aquí mismo.

ENRIQUE.—Sí; pero hazme el obsequio de calmar un poco tu curiosidad, porque no vamos a correr los dos cada vez que se oiga ruido. Vete a la cocina.

REMEDIOS.—*(Ofendida.)* ¡Señorito Enrique!...

ENRIQUE.—Perdona. Vete adonde quieras, pero vete. Cuando llamen abre, no respondas nada y no mires con insistencia.

REMEDIOS.—Soy una mujer discreta.

ENRIQUE.—Pues ya te ha llegado el día de probarlo.

REMEDIOS.—*(Acongojada.)* Parece que usted desconfía.

ENRIQUE.—*(Abrazándola.)* No, mujer, no.

REMEDIOS.—Parece que usted me abraza...

ENRIQUE.—Tampoco. Anda, vete.

(Remedios marcha hacia izquierda; en la puerta se detiene, y sin mirar a Enrique suspira y mutis.)

ESCENA IX

Enrique, impaciente, va a la ventana, vuelve a sentarse, se levanta, abre el balcón y lo cierra apresurado. Va a izquierda y llama «¡Remedios! ¡Remedios!» Vuelve a correr los visillos y sale por foro; entra de nuevo para recoger el ramo, se detiene indeciso y al fin se sienta, cogiendo un libro.

Remedios atraviesa de izquierda a foro, vuelve con Isabel y mutis por izquierda, suspirando.

ESCENA X

ISABEL y ENRIQUE.

ENRIQUE.—Señora... *(Como si la conociese entonces.)* ¡Isabel!

ISABEL.—*(Que avanzaba, queda inmóvil.)* ¡Enrique! *(Tendiéndole la mano, después de una ligera vacilación.)* ¿Cómo estás, Enrique?...

ENRIQUE.—*(Que en una mano lleva el libro y en otra las flores.)* ¿Y tú?...

ISABEL.—¿He interrumpido tus trabajos?...

ENRIQUE.—No... Estaba leyendo una novela...

ISABEL.—¿Lees siempre con un ramo?...

ENRIQUE.—Una casualidad; generalmente leo con el libro nada más.

ISABEL.—Qué hermosas son...

ENRIQUE.—Si te gustan...

ISABEL.—Tendrán ya mejor destino.

ENRIQUE.—Ni ellas ni yo pudimos soñarlo.

ISABEL.—*(Aceptándolas.)* Rosas rosadas, gran

des, abiertas, espléndidas... Rosas rosadas, ¡qué poco viviréis ya!... *(Respira con ansia el perfume de las rosas, dando tiempo para responder.)* ¿Y Asunción?

ENRIQUE.—Bien.

ISABEL.—Me sorprendió no verla al llegar. Aunque le escribí diciéndola que vendría, que no se molestara..., en la estación creí encontrarla.

ENRIQUE.—No lo extrañes. Hace dos meses que está en Valencia.

ISABEL.—¿No está aquí?

ENRIQUE.—No.

ISABEL.—*(Acongojada, reprochándole.)* ¿Y tú?...

ENRIQUE.—Yo, sí. Destinaron allá a Javier, y con su marido se fué. Mientras gestionan el traslado, me pidieron que cuidase un poco de los muebles, y como los míos se cuidan solos, aquí me instalé hasta que regresen.

ISABEL.—*(Dándole la mano.)* Adiós...

ENRIQUE.—*(Inmóvil.)* ¿Tanto rencor me guardas que no puedes continuar un minuto siquiera en donde yo esté...?

ISABEL.—*(Suplicando.)* Comprende, Enrique, que no es correcto...

ENRIQUE.—*(Interrumpiéndola.)* Comprende tú, Isabel, que quince años de ausencia han pagado ya de sobra este momento... y si quieres negarlo, marcha, que no te fuerzo a quedarte...

ISABEL.—*(Pausa. Vacilando.)* ¿Un minuto...?

ENRIQUE.—*(Gozoso.)* Un minuto, sí... nada más. *(Isabel huele las rosas con ansia, como si buscara en su perfume la esencia fuerte que ha de aliviar su propio desmayo.)*

ESCENA XI

Dichos, REMEDIOS, por izquierda.

REMEDIOS.—*(Que entra de puntillas, hace señas a Enrique hasta que éste, viéndola al fin, se acerca: en voz baja.)* ¿Sirvo el te...?

ENRIQUE.—*(Empujándola.)* No. Ya te avisaré.

REMEDIOS.—*(Mirando a Isabel, poco satisfecha.)* No es ninguna niña. Lo menos tiene cuarenta...

ENRIQUE.—*(Molestado.)* Luego me darás tu opinión...

(Vase Remedios por izquierda. Enrique cierra la puerta con llave y al ruido se vuelve Isabel, inquieta. Los dos quedan inmóviles, sonriendose.)

ESCENA XII

ISABEL y ENRIQUE.

ISABEL.—No esperaba encontrarte, Enrique. Llegué esta mañana y esta noche salgo para Badajoz.

ENRIQUE.—Ya lo sé.

ISABEL.—¿Lo sabes?

ENRIQUE.—Se lo decías a mi hermana.

ISABEL.—¿Has leído mi carta...?

ENRIQUE.—No.

ISABEL.—*(Recelosa.)* ¿Me aguardabas, Enrique?

ENRIQUE.—Pues bien, sí; te aguardaba.

ISABEL.—Esto no es leal.

ENRIQUE.—Quizás, pero iguales somos. Tú, ocultándome que pasabas por Madrid; yo, aparentando que no lo sabía... iguales somos. Lo tuyo es un desdén injusto; lo mío es una demostración de afecto, de memoria firme y constante a una mujer que he querido siempre.

ISABEL.—*(Queriendo atajar las palabras.)* ¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE.—¿Qué te importa oírlo...? Con un gesto respondes y terminas, como has terminado, poniendo dos renglones, cuando tuviste precisión de contestarme. ¿Hubo en mis cartas algo que fuera difícil de leer, algo que no sonara a respeto y a estimación...?

ISABEL.—Sí.

ENRIQUE.—No.

ISABEL.—Sí. Recuérdalo. En todas ponías algo doloroso para mí.

ENRIQUE.—¿En todas...? ¿Qué puse...?

ISABEL.—Tu nombre.

ENRIQUE.—*(Con el ademán de quien disculpa lo inevitable.)* Isabel...

ISABEL.—Cuando aquellas locuras tuyas nos separaron irremediablemente, me refugié en el ma-

trimonio... y quedé viuda; me refugié luego en el cariño de mi hija... y murió. Esto que te digo tan pronto, son quince años, es mi vida de mujer. Dime, Enrique: en toda esa vida mía, ¿has escrito una sola carta, una sola, felicitándome en los días venturosos...?

ENRIQUE.—*(Desdeñoso.)* ¿Para qué...?

ISABEL.—Y al llegar sobre mí desgracias y enfermedades y muertes... ¿has dejado tú una sola ocasión sin escribirme una carta muy extensa, muy afectuosa...? Y tan segura estaba de recibirla, que no ha venido pena a mí que no me trajese, además, la pena de guardar tu carta.

ENRIQUE.—Si te ofendieron, perdónalas.

ISABEL.—Tengo que perdonarlas, sí. Era decirme bien a las claras: Isabel, no has querido compartir tu vida conmigo, y a despecho tuyo la sigo y la recuerdo.

ENRIQUE.—¿Y en qué mentía...?

ISABEL.—*(Entristecida.)* No lo sé...

ENRIQUE.—Hoy has venido y hoy te esperaba. Pero además te esperaba siempre...

ISABEL.—*(Incrédula, pero gozosa.)* ¿Siempre...?

ENRIQUE.—Siempre. Algún día se convencerá, y ese día, con su presencia nada más, quedarán borrados los anteriores.

ISABEL.—No, Enrique, no. Estoy muy envejecida... *(Adelantándose a la protesta.)* Ya sé los que tengo; pero los disgustos son años también y he-

renunciado voluntariamente a jugar con la pasión. No, no...

ENRIQUE.—*(Sin creerla.)* ¿No?

ISABEL.—A distancia has podido conservar el encanto; pero viéndome de cerca, no. Las ilusiones viven de ilusión, pero a lo real le cuesta un trabajo infinito vivir sólo de la realidad.

ENRIQUE.—Qué recelosa vienes...

ISABEL.—En el mundo hay algo muy hermoso, que sobrepasa a todas las hermosuras: el amor. Después queda algo muy triste, que es el amor otra vez. El amor de los que no tienen más que amor y les falta juventud, belleza... ¡es muy desesperado! Si yo tuviera treinta años, te diría: querámonos como tú quieras... y si nos persuadimos de nuestro engaño, si no eres tú o no soy yo como pensábamos ser, ¿qué importa?... Nos sobra tiempo para emprender otro rumbo. ¡Pero hoy no me queda más que para un solo querer!...

ENRIQUE.—Y demos gracias a Dios por que nos quede para uno, que a veces con medio nada más y estoy ya para atragantarme...

ISABEL.—¡Tú estás muy bien!

ENRIQUE.—No estoy más que parecido...

ISABEL.—¡Pero háblame lealmente...! Tu vanidad de hombre debe estar satisfecha viéndome aquí sin luchar ni defenderme, y a merced tuya... Pero te lo suplico, te lo ruego como bondad y misericordia; tuya: antes de pronunciar la palabra definitiva, ¡piénsalo mucho!... Y si la voluntad, el co-

razón o los años solamente han enfriado tu cariño, déjame marchar...

ENRIQUE.—Te juro, Isabel...

ISABEL.—¡No jures! Dilo nada más, dilo.

ENRIQUE.—Te quiero. *(Muy despacio.)* Te quiese, te quiero y te querré.

ISABEL.—*(Como deslumbrada de gozo y esperanza.)* ¡Dilo, dilo, dilo!... ¡Intenciones y propósitos míos, qué poco valéis en cuanto llega una voz querida!... *(Aspira el aroma de las flores.)*

ENRIQUE.—*(Sin avanzar, sin moverse, como dejando que aquella divina persuasión de su cariño dé sus frutos en el alma de Isabel.)* Son muy hermosas, ¿verdad?

ISABEL.—Son. Pobres de ellas cuando las digan: fueron... *(Queriendo ella misma romper el secreto lazo que los va ligando y esforzándose en aparentar serenidad.)* Si han de vivir, que vivan felices. Dame un jarrón, un vaso, para colocarlas.

ENRIQUE.—¿Me permites que llame? *(Al gesto afirmativo de ella, va a foro y toca un timbre de pared.)* Es a Remedios.

ISABEL.—¿La que estuvo en casa de tus padres?

ENRIQUE.—Sí. Ahora con Asunción e interinamente conmigo.

ISABEL.—¿De ama de llaves?

ENRIQUE.—De tirana.

ESCENA XIII

Dichos, REMEDIOS, por izquierda.

REMEDIOS.—*(Llamando con los nudillos a la puerta.)* ¿Se puede?...

ENRIQUE.—Adelante.

ISABEL.—¿No se casó...?

ENRIQUE.—Dice que no quiso; pero suspira como si quisiera. ¡Adelante!

ISABEL.—¡Ha de ser vieja!...

ENRIQUE.—Un poco más que nosotros: unos...

ISABEL.—No lo digas.

ENRIQUE.—Es decir, bastante más que nosotros...

ISABEL.—No lo arregles; resultará peor.

ENRIQUE.—*(Incomodado por la repetición de llamadas de Remedios a la puerta.)* ¡¡Adelante!!, ¡¡adelante!!

ISABEL.—¿Tiene la obligación de ser prudente...?

ENRIQUE.—No hubo motivos jamás. *(Furioso.)* ¡¡¡Adelante!!! ¡Pase usted, Remedios!

REMEDIOS.—Está cerrado...

ENRIQUE.—¡Ah...!, es que eché la llave.

ISABEL.—¿Costumbre también...?

ENRIQUE.—¡No, no...! *(Se levanta y va a abrir.)*

REMEDIOS.—*(Entrando, con la vista baja y exagerada discreción.)* ¿Manda algo...?

ENRIQUE.—Deme un cacharro para colocar estas flores.

ISABEL.—¿No recuerda usted de mí, Remedios...?

REMEDIOS.—*(Sin mirarla.)* Sí, señora...

ISABEL.—¡No sabe usted lo que me alegro de encontrarla aquí...! Es como si volviera a verme entre los míos, los que fueron míos en la juventud.

REMEDIOS.—A la señora le ha gustado venir; claro: si no, no vendría...

ENRIQUE.—*(Cortando las expansiones de Remedios.)* Bueno, bueno; arréglalas...

ISABEL.—Es una temeridad seguir aquí...

ENRIQUE.—Ninguna. Confía en mí. La gloria de recibirte no se empaña con otra idea menos noble. Los Evangelistas cuentan que las vestiduras del Señor, en el instante augusto de la Transfiguración, se tornaron blancas como la luz. Para aguardarte, de blanco se han vestido también mis pensamientos.

ISABEL.—¿Es un madrigal...?

ENRIQUE.—¿Por qué no, yendo a ti...?

ISABEL.—*(A quien la presencia de una tercera persona ha vuelto el aplomo.)* Tus amigos no creerán la aventura...; pero no hablemos de eso, que ha de ser mal capítulo para leído por quien desee tener confianza en ti.

ENRIQUE.—¿Lo que es yo...? Y hablando en general, es absurdo vuestro modo de discurrir. Queréis un vestido y vais a la modista de más clientela o al modisto de peor fama...

ISABEL.—¡Enrique!

ENRIQUE.—¡De peor fama! ¡Está dicho! Los hombres que hacen labores de mujeres, cuanto mejor las hacen menos me convencen.

ISABEL.—Un voto para las modistas.

ENRIQUE.—Tenéis una enfermedad y llamáis al médico que más visite; ¿un pleito...?, al abogado que más trabaje; ¿un confesor?, al que más absuelva...

ISABEL.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Todas, cada una en su esfera, elegís al que antes demostró ya su pericia y su valer. Pero queréis novio, galán o marido, y en lugar de pedir gozosas los mismos antecedentes y de escoger al novio más acreditado—o más desacreditado, que de las dos maneras se dice...

ISABEL.—Quizás preguntándole a Remedios, tendría malos informes de ti.

ENRIQUE.—Remedios, ¿qué tal persona soy...?

REMEDIOS.—Muy formal.

ENRIQUE.—¿Lo ves...?

ISABEL.—Lo oigo.

ENRIQUE.—*(Levantándose furioso y yendo hacia Remedios.)* Pero, ¿qué haces, mujer...?

REMEDIOS.—*(Que aprovechó la ocasión para mirar detenidamente a Isabel, está echando el agua en el suelo, creyendo echarla en el jarrito de las flores.) (Suspirando.)* ¡Ay...!

ISABEL.—No riñas hoy...

ENRIQUE.—No riño. Haz lo que quieras, Remedios.

REMEDIOS.—Lo mismo digo...

ENRIQUE.—Gracias. *(A Isabel.)* ¿Puedo ofrecerte una taza de te...? *(A Remedios.)* Sírvelo ya.

REMEDIOS.—Ahora mismo. *(Aparte a Enrique.)* Cuarenta, los tiene...

ENRIQUE.—*(Empujándola para que se vaya.)* Anda, anda...

(Mutis Remedios por izquierda.)

ESCENA XIV

ISABEL y ENRIQUE.

ISABEL.—Dime la verdad. ¿Has querido a alguien?

ENRIQUE.—A ti. De amor, a nadie sino a ti.

ISABEL.—*(Afectuosa.)* Mientes..., ya lo sé que mientes; pero cuando hay mucha ansia de creer, la mentira, sólo con parecerse un poco a la verdad, es más grata ya que todas las verdades juntas.

ENRIQUE.—¿Y si te diera una prueba...?

ISABEL.—No; sería demasiado dichosa.

ENRIQUE.—¿Estás en mi casa...? ¿Estamos solos...?

ISABEL.—Con doña Remedios.

ENRIQUE.—De doña Remedios tengo yo la llave. ¡Solos!... Por mucho que niegues, no negarás que me gustas... Y aun no gustándome—ya ves si pongo—, estamos unidos por tantos recuerdos los dos y por tantos desdenes yo solo, que mi orgu-

llo de vencerte valdría en este momento por una pasión. ¿No es así? Pues ya tienes mi orgullo y misatisfacción detenidos ante ti por amor o por timidez. Comprenderás que necesita ser por amor...

ISABEL.—Huía de esta primera entrevista porque puse en ella más temores que esperanzas; pero Dios quiere que sólo las esperanzas se realicen...

ENRIQUE.—Y en medio de los afanes de este idilio que empezó con tu presencia y volverá a empezar, definitivo y eterno, el día que tu bondad lo consagre, hubo un fondo de curiosidad infantil...

ISABEL.—¿Curioso de qué?...

ENRIQUE.—De verte, de mirarte... Estaba afanoso de buscar, en la mujer que venía a mí, el gesto y la voz y la figura y las líneas adoradas de la mujer que huyó de mí.

ISABEL.—*(Tapándose la cara con las manos.)* Pobre del que busca lo pasado...

ENRIQUE.—*(Apartando amoroso las manos de ella.)* Déjame mirarte...

ISABEL.—*(Triste, dejándose.)* Mira, pero no mires mucho con los ojos: mírame un poco también con el cariño que vuelve... *(Pausa.)* Muy cambiada, ¿verdad...?

ENRIQUE.—No. Eres la misma, la Isabel mía...

ISABEL.—Tuya, de ti depende. La misma, no; eso ya no depende de nosotros.

ENRIQUE.—Probemos a desquitarnos, a querernos mucho. ¿Quieres, Isabel? *(Abrazándola.)*

ISABEL.—Quiero, Enrique, quiero...

ESCENA XV

Dichos, REMEDIOS, por izquierda.

REMEDIOS.—*(Dejando la Bulloir sobre la mesa.)* Cuidado, que esto está abrasando.

ISABEL.—Lo serviré yo: ¿quieres?

ENRIQUE.—Quiero. Con una sola palabra llevamos toda la conversación.

ISABEL.—¿Sabes de otra mejor?...

ENRIQUE.—No existe.

ISABEL.—¡Ay...! *(Dando un pequeño grito de espanto porque Remedios encendió la luz del foro al lado de la puerta: Isabel y Enrique quedan mirándose fijamente sonriendo y acaban muy graves.)* Muy cambiada, ¿verdad...?

ENRIQUE.—¡No, no; igual! *(Yendo a Remedios.)* La señorita lo servirá.

REMEDIOS.—Como usted disponga. *(Aparte a Enrique.)* Parece que tiene cincuenta...

ENRIQUE.—*(Molestado.)* ¿Cuándo aprenderás a callar?

REMEDIOS.—¿Y usted a escoger...?

ENRIQUE.—¡Vete, vete!

(Mutis Remedios por izquierda)

ESCENA XVI

ENRIQUE e ISABEL.

ISABEL.—¿Te hablaba de mí...?

ENRIQUE.—No. Es preciso que seamos dichosos, Isabel.

ISABEL.—¡De qué modo lo dices...! Cualquiera pensaría que era un reto a la suerte.

ENRIQUE.—Y lo es. He aguardado quince años la ilusión de encontrarte: ahora que viene, tengo derecho a exigirle que me indemnice.

(Pausa.)

ISABEL.—Lo que me obligaba a no responderte en el mismo tono afectuoso de tus cartas, a no avisarte mi paso por Madrid, era esto, Enrique. La preocupación—bien justificada, ya lo veo...—de que tú pretendieras borrar todo lo pasado, de que me esperases como fuí y no como soy...

ENRIQUE.—Como eres te busco.

ISABEL.—Piénsalo, piénsalo bien..., piénsalo, Enrique. De no ligarte para siempre, en lo pasado tendrías disculpa.

ENRIQUE.—No hables de eso.

ISABEL.—Y desengañarme, dejarme marchar sencillamente, aun es nobleza en ti y generosidad.

ENRIQUE.—No hables de eso, te digo.

ISABEL.—Sin enfadarte; piénsalo, Enrique. No debes acordarte de mi amor para que sea un amorío..., eso no... Y ligándote seré más desgraciada

después si me persuado de que estás arrepentido y pesaroso. Piénsalo: te lo suplico otra vez...

ENRIQUE.—No hace falta. Es mi voluntad, es mi deseo y es mi amor.

ISABEL.—*(Dejándose llevar de la alegría.)* ¡Dios te lo pague...! Soy tan dichosa, tanto, que no me explico yo misma esta sensación de placidez, de calma, de confianza ilimitada que se despertó en mí... Me creo tan segura, tan firme, tan amparada..., es eso, ¡tan amparada...!

ENRIQUE.—Eso es.

ISABEL.—*(Risueña y gozosa.)* ¿Por qué habré desconfiado yo, Dios mío...?

ENRIQUE.—*(A media voz.)* ¡Dios mío, qué cambiada está...!

ISABEL.—Y no más palabras graves. Como quien abre la ventana para que entre el sol y la luz y el aire, y de pronto se ilumina y se alegra una habitación que antes era sombría, en mí han entrado de golpe y a borbotones las alegrías de quererte. En quererte ya estamos... *(Yendo a la mesa y sirviéndole te.)* ¿Mucho azúcar...? ¿Dos...? Desde hoy tú mandas en mí. Viviremos en donde te parezca; viajaremos si te agrada, y si por el mundo hay un lugar apacible y que nos encante... ¿para qué pensar en volver...? Siempre hace uno mal en marcharse de donde se encuentra a gusto.

ENRIQUE.—Siempre.

ISABEL.—Y siempre hace uno bien en confiar que volverá adonde fué dichoso.

ENRIQUE.—Siempre.

ISABEL.—Aunque no vuelva.

ENRIQUE.—Aunque no vuelva.

ISABEL.—*(Dándole la taza.)* ¡Qué feliz soy, Enrique..., qué feliz soy! *(Enrique bebe un sorbo y va a dejar la taza en la mesa, y vuelve a sentarse.)* Y dichosa por ti, amparada por ti... ¡Qué felicidad, Dios! *(Y va a la mesa a servirse el te para ella.)*

ENRIQUE.—¡No es la misma, no, no es la misma...!

ISABEL.—*(Risueña.)* ¡Cuántas veces se oye decir que en esta vida no hay más que una vida...! Y es mentira. Las contrariedades, las dolencias, los infortunios..., ¿qué son más que vidas desesperadas...? Y las alegrías, los placeres, los amores correspondidos, ¿qué son más que vidas venturosas...? Y si vienen atropelladas, si cambiamos continuamente de afectos y de amistades, ¿qué hacemos en cada cambio sino vivir una vida diferente de las anteriores...? *(Mirándole amorosa.)* ¿No digo yo verdad, diciendo que hoy empiezo a vivir...? *(Al ver a Enrique absorto, que no la escucha, a media voz.)* ¡Enrique...! ¡Enrique...! *(Espantada al ver que no contesta, yendo a él.)* ¡Enrique! ¡Enrique...! ¿En qué piensas?

ENRIQUE.—*(Sonriendo forzosamente.)* En nada...

ISABEL.—¿Qué piensas...? ¿Qué tienes...? ¿Dije algo que te contraríe...?

ENRIQUE.—No, no...

ISABEL.—¿Por qué te has entristecido...?

ENRIQUE.—Cavilación tuya.

ISABEL.—¡No, no! ¿Qué tienes...? ¡Dímelo, por Dios!

ENRIQUE.—Nada; créeme...

ISABEL.—Me engañas. Tú no eres el mismo de hace diez minutos...

ENRIQUE.—¿Y quién será el mismo cuando el tiempo pasa...? En la juventud es el amigo y el aliado más seguro que tenemos; de él lo aguardamos todo. Cuando la juventud pasa, el tiempo es nuestro enemigo: él lo destruye todo.

ISABEL.—*(Acongojada.)* ¿El enemigo...? ¿Qué dices...?

ENRIQUE.—Nada.

ISABEL.—¿Qué tienes...? *(Dando un grito de espanto.)* ¡¡Ay!! ¡Ya sé lo que tienes, ya lo sé, ya lo sé...!

(Enrique, desesperado, hunde la cabeza en el respaldo del sofá. Isabel, mientras tanto, sin volver la espalda, despacio, mirándole, va hacia el foro y apaga la luz. La escena queda a obscuras.)

ENRIQUE.—¡Isabel...! ¿En dónde estás...?

ISABEL.—En donde debí estar siempre: en tu recuerdo nada más.

ENRIQUE.—*(Levantándose.)* ¡Isabel!

ISABEL.—No te muevas, no avances, no rompas el encanto de este minuto...

ENRIQUE.—¡Ven, Isabel!

ISABEL.—No. La Isabel que tú amas murió hace quince años. Lo he leído en tus ojos.

ENRIQUE.—¡Ven, Isabel mía!

ISABEL.—¡Quieto...!

ENRIQUE.—¡Te quiero, te adoro...!

ISABEL.—¡Júralo!

ENRIQUE.—¡Por mi alma!

ISABEL.—¿Me quieres?

ENRIQUE.—¡Sí!

ISABEL.—¿Me adoras?

ENRIQUE.—¡Sí!

ISABEL.—¿Ha vuelto a ti la ilusión?

ENRIQUE.—¡Sí, te lo juro!

ISABEL.—Pues éste es el momento de morir para ti. ¡¡Adiós!!

(Isabel huye por el foro.)

ENRIQUE.—Isabel... Isabel...

TELON

Precio: **1,50** pesetas

SUCESORES DE RIVADENEYRA
PASEO DE SAN VICENTE, 20, M